

# “Infamante Electra”: Raúl Ruiz se adueña de la escena

Por Javier Ibacache V.

Con la dirección de Raúl Ruiz como aval, “**Infamante Electra**” exhibe una considerable riqueza simbólica que convierte al montaje en una experiencia peculiar, donde el texto de Benjamín Galemiri cede progresivamente a la poderosa cantera de imágenes que parecen obsesionar al cineasta y que plasma con fluidez en escena.

La obra desarrolla la afrenta entre Joshua Halevi (Héctor Noguera) y su hija Dafne (Amparo Noguera), una vez que la segunda ha resuelto defender al primero, ya desafortunado de sus prebendas de senador de la República por acusaciones de fraudes fiscales y abusos de variado tipo.

Como en otras piezas de Galemiri que se apoyan en algún clásico (“Edipo asesor”), la anécdota original se tiñe de la contingencia (Dafne es una fiera abogada que postula a convertirse en ministra en el gabinete de una mujer presidenta) y se reviste de un lenguaje elusivo, alambicado y verborreico para encubrir la pugna que enlaza al deseo sexual con el poder político.

Si la Electra griega venga el crimen de su padre Agamenón dando muerte a su madre Clitemnestra, en la presente relectura

las motivaciones se trastocan y se contaminan del imaginario hebreo del autor que Raúl Ruiz pronto desnuda y potencia.

En sus manos, el protagonista se convierte en una variante de Ashverus, el judío errante, y su condena es más la de una víctima que la de un victimario, como sugiere inicialmente el texto.

Para ello ubica a los personajes en un espacio incierto, mezcla de circo, fuente de soda o templo destinado a los ritos herméticos de castigo y expiación (dirección de arte de Rodrigo Bazaes) e instala en medio a un presentador o maestro de ceremonias (Oscar Hernández) que reproduce todas las indicaciones y didascalías del original.

Antes que un estilo realista o sicologista, el elenco exalta recursos vocales y corporales en la interpretación.

Sus diálogos se alteran cada tanto con repeticiones, cambios de tono, desplazamientos, efectos sonoros (estornudos, gárgaras), actos ajenos a la situación (congelamientos, “desinfla” de globos) y énfasis melodramáticos, que se contraponen a la banda sonora de Jorge Arriagada (extraída de “Las tres coronas del marinero” y de “El tiempo recobrado”), y que en conjunto delinean un relato paralelo al argumento, de

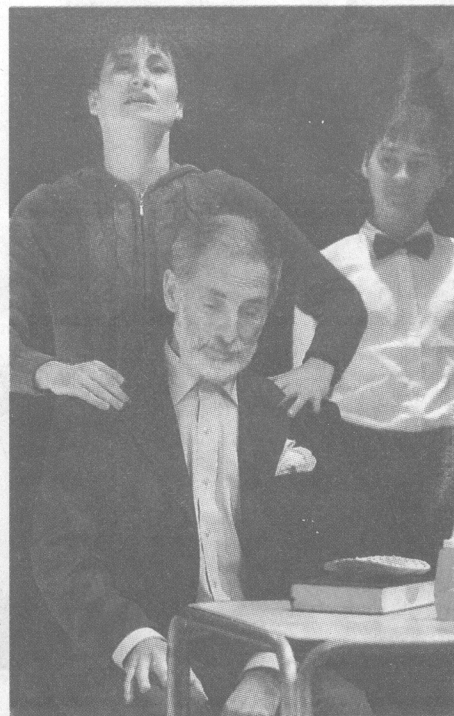
naturaleza inconsciente, pero que ayuda a explicitar los condimentos incestuosos o los impulsos secretos de poder de cada uno.

En la misma línea de quiebres, la puesta añade códigos de la filmografía del director, como un trío de mozos (Daniela Espinosa, Cristián Cheuque, Leonardo Cofré) que remiten a “Cofralandes”, la imagen del doble de sí mismo encajonado en una valija perteneciente a “La maleta” (su ópera prima), la multitud que se pasea en dos pantallas dispuestas al fondo de la escena (producción audiovisual realizada especialmente para el espectáculo) o el juego de refranes que acompañan a una partida de cacho entre H. Noguera y O. Hernández.

En la mejor tradición del Ruiz-cineasta, estos pasajes de fuerte carga sugestiva constituyen los trazos de más alto vuelo teatral del montaje junto a un dislocado monólogo de A. Noguera.

En ellos cristaliza plenamente la apropiación de estilo que va in crescendo en la hora y 20 de representación hasta la apoteosis final que se corona con el ingreso de un perro a escena (estampa literal de la ronda sobre el “perro judío”).

De compleja lectura para un espectador promedio (como casi todo lo que



**El montaje que protagonizan Héctor y Amparo Noguera se presenta en el remozado Teatro Camino, de Peñalolén.**

firma Ruiz), la puesta incuba un humor macabro y desdeña en último caso la imagen de la mujer que accede al poder cándidamente, libre de ambición. Acaso esto le otorga un ingrato valor extra como espejo del nuevo juego de poder que parece operar en Chile. ■

LA SEGUNDA, STGO. Sptl. POR FIN VIERNES  
19-MAY-2006 - P. 60